



DE LAS VENTURAS Y DESVENTURAS DEL
JOVEN MARTÍN LÓPEZ DE ZAMORA QUE
ABANDONÓ UNA VIDA LICENCIOSA
PARA EMBARCARSE A INDIAS, DE LOS
MONSTRUOS QUE SOBREVIVIÓ, DEL
CARTÓGRAFO QUE LO AYUDÓ, Y DEL
HERMANO QUE ENCONTRÓ

Hacia finales del siglo XVII, Ignacio Pérez de Zamora residía en Córdoba tras comenzar sus estudios de teología. En un paseo habitual por el patio del edificio donde realizaba sus estudios superiores, recibió una misiva de España y tuvo la sospecha de saber de quién es.

Su intuición fue acertada, era una carta de su hermano Martín que no veía desde hacía más de 10 años.

Queridísimo hermano Ignacio:

Te escribo desde nuestra casa en Sevilla, para contarte que tus deseos y plegarias se han vuelto realidad. He recibido el llamado para abandonar esta vida de aventuras y de perdición, que logró no ser vida. Desde que partiste hacia Indias, Sevilla ha cambiado. Vivimos una fuerte escasez de alimentos y los precios no paran de subir, la peste temerosa y misteriosa se lleva consigo las almas de los marginados y desprotegidos. Ante este clima de perdición y de incertidumbre, he decidido ir a visitarte.

Aunque me siento aterrado por los gigantes y especies con los que convives y de atravesar los monstruos marinos del océano.

Quisiera que me cuentes en tu carta



cómo son.

Mi ideal de viaje será salir antes de pascua y que puedas recibirme.

Afectuoso y fraterno saludo

Martín Pérez de Zamora.

Tras recibir la carta de su hermano, a Ignacio se le llenó de alegría el corazón y comenzó a escribirle una respuesta de manera apresurada.

Hermano Martín:

Qué inesperado tu mensaje, hace un tiempo quise escribirte, pero por mis tareas y compromisos con los estudios no he podido, además me he quedado sin papel y velas que son tan escasos en estas tierras. Me alegro que hayas abandonado esa vida aventurera que te caracterizaba, era cuestión de tiempo que quisieras seguir mis pasos.

Por supuesto que estoy dispuesto a esperar tu llegada. Te enviaré mi diario de viaje, donde encontrarás todo lo que necesitas saber de este nuevo y extravagante continente. Allí narro todo lo que viví y también incluye mis mapas. Sé que por tu espíritu de viaje

y de descubrimiento te encantará este recorrido.

De tu hermano

Ignacio Pérez de Zamora.

Tras recibir la respuesta de Ignacio, Martín comenzó a realizar los preparativos para embarcar en los próximos meses hacia Córdoba. Sin embargo, no tenía muy en claro qué quería para su futuro.

Llegó el tan esperado día y Martín, quien estaba llegando tarde, apuró su paso y agitado le hizo señas a los que estaban a bordo del barco para que lo dejaran subir. Con los pocos pesos que tenía le pagó al dueño del barco y le dieron la tarea de lavar los platos. Temeroso, subió al barco y comenzó a recorrerlo. Pocos minutos después levaron las anclas y comenzó su viaje hacia Indias.

Sus días navegando eran largos y fríos, desayunaban pan fresco embufidos salados o bizcochos y agua.

Los almuerzos y cenas de los primeros días consistían en carnes para que no se echaran a perder, en la embarcación también iban algunos animales vivos que luego serían carneados para las comidas. Luego de un tiempo se alimentaban con sopa, frutas o queso parmesano y ensaladas. Antes de dormir bebían aguardiente o licor de cereza para entrar en calor ya que el frío por las noches se



agudizaba.

Se pasaban las horas viendo a los delfines o peces grandes nadando cerca del barco, por momentos el viento los impulsaba y el agua echaba chispas porque iban muy rápido, sin embargo, cuando el viento estaba en contra no retrocedían, pero tampoco avanzaban mucho, se quedaban en el mismo lugar ya que estos barcos no tenían ningún remo para impulsarse.

Una de las primeras paradas fue las Antillas Españolas, donde Martín bajó y empezó a caminar porque extrañaba la firmeza de la tierra. Se detuvieron una noche y cenaron berenjenas con crema de coco. A las cinco de la mañana siguieron el viaje que fue tranquilo y silencioso.

Pero al caer la noche, una tormenta los azotó. Todos se despertaron asustados tras ver agua dentro del barco y tuvieron que sacarla con baldes. Al mismo tiempo una especie de serpiente de mar muy larga se acercó violentamente al barco. El animal, de origen desconocido, nadó alrededor de la embarcación emergiendo durante algunos instantes para emitir un largo sonido que parecía el llanto de un niño. Esta serpiente se mantuvo todo el tiempo alejado de los tripulantes y solo uno de ellos estaba armado, quien disparó sin obtener resultado alguno, pero logró asustar al monstruo, que se hundió y no volvió nunca más. Las velas estaban a punto de romperse por el viento y no contaban con remos para impulsarse. Le hicieron frente a la lluvia y al monstruo como pudieron y quedaron exhaustos, esa noche nadie durmió. El miedo los invadió y muchos dudaron en



continuar el viaje, pero estaban en medio del mar y faltaba poco para llegar, no quedaba otra que seguir.

Unas mañanas después, todo el barco comenzó a oír cantos de gaviotas y ruidos molestos, el capitán gritó "¡Tierra a la vista! ¡Ya estamos cerca de Indias!". Todos aplaudieron y se abrazaron con mucha alegría, en ese momento Martín al leer el diario de su hermano, vio que faltaba mucho para llegar a su destino. Todavía faltaba la parte más dura del viaje, que era llegar al puerto de Portobelo, cruzar hasta el otro mar y embarcarse hasta el Callao, para finalmente recalar en Lima, el centro del Virreinato del Perú. Y desde allí faltaba el viaje por tierra, que lo llevaría a lo largo del camino real a la ciudad de Córdoba de la nueva Andalucía donde se encontraba su hermano Ignacio.

La llegada a San Felipe de Portobelo fue en menos tiempo de lo que esperaba. En los dos días que estuvo allí, fue a ferias y asistió al baile de los Congos, típico del lugar. La ciudad se caracterizaba por ser un lugar de paso, donde se podía comprar negros para trabajos forzados y metales preciosos. Su tiempo en tierra fue corto y debió embarcarse de nuevo con destino a Callao. El oleaje de este mar era mucho más violento y Martín empezó a contar los días hasta llegar.

Los días eran largos y arduos, las comidas le sentaban mal y el viaje se hacía pesado. Tampoco estaba conforme con su tarea de pasarle brea a la madera del barco. Lo bueno fue que el viaje sólo duró una semana.

Al llegar a la ciudad de Pizarro, buscó albergue en un convento, antes de comenzar su viaje hacia Córdoba. Allí, un cartógrafo jesuita llamado Francisco le facilitó unos mapas y decidió acompañarlo en su recorrido que comenzaría al día siguiente.

Luego de una semana caminando, los viajeros se quejaban del dolor de espalda pero Martín no se imaginó lo que se le venía. La primera impresión fue miedo ya que el pueblo era muy pequeño, y se encontraba a las afueras de la ciudad de Cuzco. Apenas había cuatro o cinco chozas, donde sus pobladores desconfiados, no salieron a recibirlo. Martín se acercó a la choza de techo de paja que estaba a su derecha y golpeó sus manos.

Respondió una mujer de mediana estatura pero fornida y de avanzada edad, los invitó a pasar y les ofreció agua para beber. Se trataba de Yachay, que en lengua quechua significa, "la más sabia del pueblo". Ella, sin emitir una palabra, ya sabía el destino que les esperaba. Yachay les indicó el camino al trazar unos garabatos en



la tierra. Y les dió un amuleto que los guiaría. Meses después, descubrirían que era una brújula. Antes de partir, les señaló al cielo, donde las estrellas de la constelación Cruz del Sur los guiaría. Sin embargo, Francisco estaba disgustado con las indicaciones de Yachay, ya que la mujer les dijo que los mapas no siempre eran exactos y no representaban las distancias reales.

Había pasado más de un mes, y según los conocimientos del cartógrafo ya deberían haber llegado a Tucumán. Allí recordaron las advertencias de Yachay sobre los errores en las distancias. Pasaron algunas semanas y recién llegaron a San Miguel de Tucumán. A la salida se encontraron al pueblo Tonocoté de Mafará, quienes cultivaban, cazaban y además eran excelentes pescadores. Al llegar, les ofrecieron de comer aves domésticas. Francisco continuaba resentido porque sus conocimientos científicos se pusieron en duda, mientras tanto Martín se dedicaba a charlar y conocer la cultura de los Tonocoté.

Tras otro mes de caminata, estaban a punto de llegar a destino, la ciudad de Córdoba, donde podría encontrarse con su hermano Ignacio. Mientras descansaban bajo la sombra de un árbol, Martín tomó los mapas y comenzaron su último trayecto de esta gran aventura.

No había una parte del cuerpo que no les doliera. No sentían los pies y estaban sedientos. Les faltaba poco para llegar, lo que los animó a continuar y no bajar los brazos.

Cuando llegaron a la ciudad, rápidamente preguntaron por la

Universidad, donde finalmente pudo reencontrarse con Ignacio. ¡Por fin los dos hermanos estaban juntos después de tanto tiempo! Se dieron un abrazo y se sentaron a tomar algo a la orilla del río, donde Martín e Ignacio refrescaron sus pies en el agua. Fue la oportunidad perfecta para Martín de contarle su travesía del viaje.

Unas semanas después, luego de descansar, los viajeros encontraron su rumbo. Martín se dedicó a ilustrar a los gigantes marinos para colocarlos en los mapas que Francisco se disponía a realizar, como ya conocía el territorio, intentaría que los mapas sean lo más exactos posibles, y así ayudar a otros viajeros.

*****FIN*****

Trabajo realizado por Leila N. Aybar y Antonella S. Zocari, alumnas practicantes de la Licenciatura en Comunicación Social (FCC-UNC) para el Museo Histórico UNC.